

DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Padre Jorge López Teulón

▪ Escribe Juan Pablo II en la *Novo Millennio Ineunte* que es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el **arte de la oración**... Sabemos bien que rezar tampoco es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como acabamos de escuchar en el Evangelio: Señor, enséñanos a orar (Lc 11,1).

Sí, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el arrebató del corazón. Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios¹.

Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino cristianos con riesgo². En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitaría progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición.

Con absoluta sencillez renovamos la petición de los apóstoles para decirle nuevamente a Jesús: Señor, enséñanos a orar. Además del Padrenuestro, Jesús enseña a sus discípulos que es necesario ser incansables en la oración y que ésta ha de realizarse con plena confianza en Dios, que no dejará de atender nuestra petición dándonos lo que verdaderamente necesitamos: el don del Espíritu.

▪ Así lo leemos en la vida de **San Ignacio de Loyola**, cuya fiesta celebraremos el próximo martes. Es uno de los santos, afirma el Padre Casanovas, que se prestan más a trazar una vida principalmente externa; es tan extraordinaria la trascendencia social, humana y religiosa de su obra, que es precisamente de su

¹ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, nº 32-33.

² *Ibidem*, nº 34.

vida de oración, de amor con Jesús, de donde brota una savia interior puramente sobrenatural que le capacitará para dirigir desde Dios su Compañía.

Ite, incendite, inflammate omnia (Id, encendedlo, inflamadlo todo). Con estas palabras se dice que Ignacio despedía a sus hijos para las empresas gloriosas, que ya en vida del santo realizó la Compañía de Jesús. Además de la misión encomendada a San Francisco Javier llevada a cabo tan sólo en once años, Ignacio abrió también, y vio regadas con sudor y con sangre, las misiones del Brasil y del Japón, cada una de las cuales bastaría para hacer gloriosa una Orden apostólica³. Una expedición de jesuitas fue al Congo, y otra al África, a rescatar cautivos y predicar el Evangelio; allí, viejo y enfermo, deseaba pasar el mismo Ignacio. Finalmente, en su tiempo se fundó también la misión de Etiopía.

La obra prodigiosa de San Francisco Javier, además de moverse plenamente en órbitas ignacianas, no pasa de ser sino una parte de los planes e instituciones misionales del fundador y organizador de la Compañía. Junto con la India y el Oriente, abarca la vista de San Ignacio el problema africano del Congo y Abisinia, el problema musulmán del Mediterráneo y Tierra Santa, y el americano del Brasil. Confiaba en Dios, el único tesoro de su vida.

El Padre, se decía de él, nunca se atreve a hacer ninguna cosa de momento, aunque tenga todas las razones, sin hacer recurso a Dios. Frase muy común suya, era decir: *Dormiremos sobre ello, queriendo decir que tendría oración sobre ese negocio o preocupación. Hagamos primero de nuestra parte cuanto podamos, como si Dios nada hubiese de hacer; después pongamos en Dios toda nuestra confianza, como si nosotros no hubiéramos hecho nada*⁴.

Este es el ejemplo de los santos, el ejemplo de aquellos que nos ponen ante Jesús para repetir incansablemente: Señor, enséñanos a orar, porque no sabemos, porque las distracciones de la vida -itantas cosas!- embargan nuestro corazón y lo alejan de lo principal. Y como escuchábamos la semana pasada, una sola cosa es importante. Y a María nadie se la quitará. ¡Qué hermoso se ese elogio lo pudiese hacer de cada uno de nosotros! Una sola cosa es importante: la vida en Cristo, la vida de oración. Y todo eso será lo que conforme después el hacer grandes obras y las pequeñas de cada día; las tareas de la evangelización y las tareas de ser cristiano católico todos los días.

- Muchas veces, por doloroso y por actual, hemos abordado este tema. Tal vez, y a pesar de que algunos no logren entender las palabras de Jesús, se hace todavía más urgente volver a escuchar cómo su voz nos repite: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan (Mt 5,44)*. Lo acabamos de recordar en las peticiones del *Padrenuestro*.

³ Ignacio CASANOVAS, *San Ignacio de Loyola*, p.361 (Barcelona 1944).

⁴ *Ibidem.*, pag 343.

El martes pasado una joven activista de la banda terrorista **ETA** moría víctima de sus propias acciones. Como verdaderos católicos, amantes de cumplir el Evangelio, deberíamos preguntarnos: ¿Me he alegrado por la muerte de esta terrorista? ¿He ofrecido oraciones por ella? No seamos fariseos; porque si llevamos rezando tanto tiempo por el final del terrorismo, diciendo *te pido que cambies el corazón de los terroristas, como cambiaste el del buen ladrón..., transforma tantas mentes y tantos corazones cegados por el odio y el fanatismo..., hoy, más que nunca, se hace apremiante hacerlo de forma cada vez más intensa.*

Tenemos en nuestras manos el poder de la oración. Hemos de convencernos del valor de la oración, del pedir sin desfallecer la paz para nuestra nación. Precisamente cuando todavía se hace más doloroso por la muerte, ayer, del General Justo Oreja, después de un mes de sufrimiento. Pensamos muchas veces en el dolor de su mujer y de sus hijos durante un mes al lado de la cama de un enfermo, de un moribundo, de alguien que ha dado la vida por nuestra nación.

¡Si de verdad creyésemos en el poder de la oración! ¡Si de verdad viésemos en el hermano equivocado un hermano, en el que asesina a alguien enfermo que en su locura necesita de nuestras oraciones!

Queremos la paz, exigimos el final de la violencia armada, de sentirnos amenazados por un aparato de odio y de temor. Al Gobierno, a las Fuerzas de Seguridad del Estado, al mundo judicial pedimos que acaben de una vez por todas con esta vergüenza, después de tantos decenios.

Pero si somos católicos debemos tener otros criterios. Cada español es víctima potencial de ETA. Ha llegado un momento en que cualquiera puede encontrarse en la mira ideológica y sin sentido de ETA. Pero Jesús afirma: ***Ama a tus enemigos.***

Como predicador del Evangelio, para mí es más fácil no mencionar este tipo de sucesos. Alguno diría que es más prudente el silencio. Pero Jesús nos enseña a ser coherentes. Él nos pide AMAR, preocuparnos, cuidar del alma y de la salvación de los que están equivocados, de los que desean apartarse de Él. Porque Él ha dicho en el Evangelio: *He venido a buscar la oveja perdida; al que está enfermo y necesita de médico.*

A pesar del gran alivio por ver cómo se ha evitado un nuevo atentado, es necesario recalcar que toda vida humana es un don inestimable de Dios y un valor primordial y básico de toda persona.

Esperamos, pues, que Olalla sea acogida por la misericordia de Dios, siempre mayor que nuestros pecados. Con lágrimas en los ojos, pues tal vez el terrorismo nos ha tocado de cerca, y echando mano de toda nuestra fe, no dejemos de escuchar las palabras de Jesús: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial (Mt 5,44-45).*

Repudiamos el pecado gravísimo de ETA, cada uno de sus asesinatos, la forma violenta de sus manifestaciones y a aquellos políticos que denigran su oficio encubriendo estas actuaciones. Como cristianos es nuestra obligación. Pero también lo es, aunque nuestro corazón tenga cualquier otro tipo de sentimientos, escuchar

hoy más que nunca a Cristo que nos pide: **lucha contra el pecado, pero, ama al pecador y sácale de su error**. Y lo podemos hacer por medio de la oración.

Él mismo nos dio ejemplo clavado en la cruz: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34). Se acabarán los argumentos para la inteligencia. Se romperá el corazón ante las víctimas y sus familiares, ante el dolor por tanta ignominia. Pero hagamos una vez más realidad lo que tantas veces pronuncian nuestros labios: **perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden** (Lc 11,4).

Ofrecemos esta Eucaristía por el alma del General Justo Oreja y por toda su familia.